

# EL POR QUE DE MI CONSERVATISMO

ALEJANDRO CARRION MONTOYA

Muchas veces he escuchado expresiones de asombro por el hecho de que siendo de estirpe liberal, haya encausado mis actitudes políticas afiliándome al Partido Conservador de Nicaragua. En esta crucial e incierta hora en la vida nacional, cuando muchos se encuentran perplejos por el giro que ha tomado el pseudo-proceso electoral y sienten tal vez desengaño y desaliento ante la conducta cívica de ciertos —en otrora— eminentes miembros de nuestro partido me ha parecido oportuno hacer una confesión de fé política, partiendo de un punto de vista que supere la división "partidarista" nicaragüense en un esfuerzo por plasmar en estas páginas el estado anímico que me hace ser conservador, en el sentido trascendente e inmutable del vocablo, en contraposición a la mera designación de filiación partidarista.

Igual o mayor asombro que causa mi conservatismo a algunos, me causa a mí el hecho de que ellos se asombren, pues desde que tengo uso de razón he creído y sentido igual que ahora, desde luego que con mayor madurez a medida que los años acortan mi estancia en este mundo. Para mí, nunca hubo un momento definido en que pasara a ser conservador en vez de liberal o de cualquier otra clasificación que quiera darse a una filosofía, ideología o manera de ser. El convencimiento gradual, paulatino, casi insensible que me ha llevado a mantener la idea conservadora es un proceso que en mí resultó normal, como normal fué el crecimiento físico al transcurso del tiempo. Hurgando en mis recuerdos desde los años de niñez, pasando por los hitos de la enseñanza secundaria, los estudios universitarios y el pleno ejercicio de mis facultades humanas, no puedo encontrar un sólo instante en que concientemente haya considerado mi conservatismo como una rebelión contra mi ancestro; y aquí cabe repetir, que al usar la palabra conservador no me estoy refiriendo a las gastadas y deslustradas etiquetas políticas que señalan a cada uno de los nicaragüenses como militante de un determinado partido. Debemos recordar que todo ser informado de espíritu y sangre humanos, al desarrollarse en su propio destino, conserva la cifra unitiva de su propia individualidad.

Al observar la conducta de mis padres en lo social, económico, religioso y en la intimidad hogareña, cuyo calor persiste aún muy vivo y verdadero, no distinguí jamás un proceder que se apartara de las normas que para mí se fundamentan en el concepto conservador de orden, que es trascendente y va más allá de lo político y lo económico adentrándose en lo moral y religioso pues que todas las manifestaciones de existencia social están fundadas en un orden teológico derivado de la creencia en un Ser Supremo, creador del universo y en el cual toda sociedad tiende a realizar un bien común. El respeto a la individualidad del ser humano y la prelación de los valores morales son base de esa dinámica que busca el per-

feccionamiento integral de la persona constituyendo vital ingrediente de la continuidad histórica de la civilización cristiana.

Muy temprano en el curso de mi vida, saltó ante mis ojos el cruento espectáculo de nuestras guerras fratricidas. A una casona de amplios corredores, de arquitectura netamente ambiental como las ilustradas por los primeros cronistas extranjeros que nos dieron a conocer al mundo como nación independiente, llegó una y otra vez la temida "escolta de los caitados" en busca de mi padre para obligarle a pelear en sus filas o relegarlo a oscuro calabozo. Más de una vez mi madre, quien hubo de quedar como cabeza de familia por la forzada ausencia de su esposo, fué groseramente requerida de identificación cuando angustiada se aventuraba a las calles de la ciudad en busca de alimento para sus tiernos hijos. A través de su sendero yacía el retén de las tropas que ocupaban la ciudad de mis mayores impidiéndole llegar a su fuente de aprovisionamiento. Era la época de la guerra civil de 1926 y nuestra abuela, que a Dios gracias aún vive, era hermana del Jefe Militar del ejército liberal, Gral. José María Moncada. A pesar de la exagerada imaginación de un niño, del terror que a las mujeres de la casa infundía la incertidumbre de la conservación de la vida o del sustento al amanecer siguiente, jamás me inculcaron mis mayores el espíritu de venganza o de odio hacia quienes en esa aciaga hora de nuestra historia les hacían padecer tanto sufrimiento. En parte debido a ello, no quedó lacerada mi alma de niño y pude llegar a la mayoría de edad sin el sentimiento de repulsión a quien bien pudo haber sido un implacable enemigo. Las crueldades de nuestras guerras intestinas, los abusos cometidos por las tropas en la embriaguez del combate, eran productos de la deficiencia cultural de nuestro pueblo y el poco arraigo de los principios morales que deben guiar la conducta de los hombres. Los pecados se inculpan a los hombres. La idea conservadora continúa immaculada.

En el devenir del tiempo, ya más avanzada la educación de nuestra gente, abatidas parcialmente las murallas de la ignorancia al influjo de las modernas comunicaciones que nos pusieron en contacto más completo con las naciones porta-estandarte de las ideas civilizadas, hubo de sufrir en mis propias carnes la persecución que antes había sufrido mi padre. En esta vez correspondía el papel de verdugos a las tropas liberales. Igual que no sentí en la niñez rencor perdurable no siento ahora el odio hacia la idea liberal y perdono, porque así me lo manda Cristo, a quienes levemente me ultrajaron en lo personal pero hundieron el plomo fratricida en las espaldas de muchos de mis compañeros.

He de pedir excusas al lector por haberme detenido

en detalles que añaden más a las personas que a los conceptos pero debí —creo— dejar sentado como premisa que las actitudes políticas de mi vida no han girado meramente sobre un eje emocional de exagerado romanticismo.

El conservatismo entendido como concepto trascendente sabe distinguir lo que admite transformación, lo que puede cambiarse, lo que debe modificarse, lo que evoluciona de los principios permanentes y de los ideales fijos respecto a los cuales no se pueden admitir desvíos. Una hábil combinación del sostenimiento del orden sin excesos que conduzcan a una tiranía y la suelta conservación de la libertad es elemento primordial de su criterio.

El ataque de sus adversarios contra el conservatismo se bifurca en dos puntas de pinza: una contra los hombres y otra contra las ideas. En cuanto a aquélla, soy yo el primero en admitir que siendo el hombre un ser desfalleciente que necesita de la Gracia Divina para que le dé fortaleza, muchos de los conservadores nicaragüenses han caído en la culpa de actitudes insinceras, de mala fé, utilitaristas y reprochables de las cuales siempre he desaprobado. Es más, es posible que yo —sin haberme dado cuenta— pueda haber cometido los errores que condeno.

En cuanto a la segunda, no hay duda que el desprestigio de lo política nicaragüense es causado por la aridez de preocupaciones ideológicas. Sin embargo, considero que el conservador debe buscar las causas reales de las perturbaciones sociales en la espiritualidad humana y aplicar remedios a dichos males fundamentados en la dignidad del hombre, siervo de Dios y creado a su semejanza, aunque tarado con la culpa original e inclinado al quebrantamiento de su Ley.

A veces he encontrado correligionarios que se asustan de que les llamen tradicionalistas pues equiparan el respeto a la tradición con el reaccionarismo y el ultramontanismo. Pero la tradición es fundamental al pensamiento conservador ya que ésta es la entrega que una generación hace a la otra constituyendo la base de la personalidad colectiva de los pueblos. Mas esto no significa encerramiento en lo "pasado" ya que se aceptan cambios que armonicen con el carácter y modo de ser de la nación. El conservatismo no es un cuerpo de doctrinas rígidas sino una actitud, una manera de ser que afirma los valores perdurables y los defiende en el campo de su acción política. Se ha proclamado como ideal revolucionario la rebelión contra todas las instituciones, sin embargo esa rebelión va en detrimento del hombre mismo pues destruye el soporte fundamental de su progreso.

En esta hora mundial, precisamente, el conservatismo acepta todos los cambios que con razón e inteligencia se crean necesarios y que se ajusten a las enseñanzas de Cristo, proclamadas una y otra vez por su Vicario en la tierra.

Tanto Burke en Inglaterra como Adams en los Estados Unidos proclamaron la necesidad de incorporar en todo programa de gobierno lo que debe ser permanente

y trascendental y lo que es susceptible de reformas al influjo de circunstancias transitorias de una sociedad humana, conservando bien sentadas sus actitudes en las realidades que, como dijo el segundo de los mencionados pensadores del conservatismo, la libertad sólo puede ser lograda y mantenida por los hombres sensatos que tienen a la humanidad tal como es y no como debe ser

La universalidad de los principios conservadores se ha manifestado siempre, a través de los tiempos y en todas las naciones, estando arraigada en las más íntimas y hondas inclinaciones del hombre y de las sociedades, constituyendo en la actualidad la fortaleza granítica que resiste el mortal ataque de la filosofía marxista cuyos abanderados han encontrado siempre frente a ellos a los que llevan dentro de sí el sentir conservador, tradicional y a la vez evolutivo.

Así el conservatismo, sostenido en su ideario, ha llegado a sitial prominente en los países occidentales y aún en el Japón. Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, los Estados Unidos y los más grandes países de Latinoamérica han virado en su conformación ideológica hacia los principios conservadores de la creencia en un Ser Supremo como fundamento último de la organización del Estado, de la visión de la Patria como la unidad de origen y destino de un conglomerado humano y de la defensa del orden institucional.

La revolución conservadora es revolución de lo eterno pues se renueva constantemente hincada en la inmovilidad de las esencias permanentes, mientras tanto el liberalismo como sistema ha caducado, perdió ya su razón de ser histórica aún cuando sobreviven ciertas tendencias que constituyen su aporte al acervo político de la humanidad.

En épocas pasadas la juventud se volvió contra el conservatismo, pero hoy el vigor de esa manera de ser conservadora justifica la vuelta hacia el acervo de valores conocidos del pasado, y este fenómeno colectivo puede observarse con mayor entusiasmo y esperanza en el futuro en los países más cultos y democráticos del mundo. Las publicaciones conservadoras, los pensadores tradicionalistas han asumido una nueva posición de respetabilidad y solidez filosófico-ideológicas.

Creo que la solución de nuestros problemas deberá ser buscada auténticamente en un análisis sano de nuestra historia para atacar las causas de esas fallas socio-económicas en forma directa, veraz y dinámica sacando de las esencias permanentes del conservatismo la cura total y definitiva de los grandes males que agobian a la nicaragüanidad. Ingente tarea, por cierto, para cualquier estadista, para cualquier gobierno, para cualquier institución, pero deber ineludible dentro del orden social que enaltece la dignidad del hombre y le brinda la libertad necesaria para que alcance su destino tal como señalado por su Creador.

Los hombres desmayan pero la idea permanece eterna. He aquí el por qué de mi modo de ser conservador.